

VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología  
XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del  
MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos  
Aires, 2015.

# **El caso Joey de Bruno Bettelheim. El valor de los objetos en el autismo.**

Mas, Marcela Fabiana.

Cita:

Mas, Marcela Fabiana (2015). *El caso Joey de Bruno Bettelheim. El valor de los objetos en el autismo. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-015/798>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/epma/Qsg>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# EL CASO JOEY DE BRUNO BETTELHEIM. EL VALOR DE LOS OBJETOS EN EL AUTISMO

Mas, Marcela Fabiana

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

---

## RESUMEN

En el presente trabajo se examina el caso de un niño autista trabajado por Bruno Bettelheim en su libro *La fortaleza vacía*. El autismo infantil y el nacimiento del sí mismo, y se ubica la relación que los objetos guardan en la construcción y desplazamiento del encapsamiento autista así como también el funcionamiento iterativo.

## Palabras clave

Autismo, Objetos, Iteración

## ABSTRACT

THE CASE OF JOEY IN BRUNO BETTELHEIM'S WORK. THE VALUE OF OBJECTS IN AUTISM

The topic of this work is the case of an autistic child who have worked with Bruno Bettelheim in his book "The Empty Fortress: Infantile Autism and the Birth of the Self", and examines the place of the objects in the displacement of the autistic embodiment and his iterative functioning.

## Key words

Autism, Objects, Iteration

## Introducción

### El autismo a la luz de la Psicología del yo

La tesis que Bruno Bettelheim propuso en *La fortaleza vacía* (1967) ubicaba una temprana falla en el establecimiento del vínculo del niño con la madre ocasionada por los deficitarios cuidados de ésta. La comparación con la experiencia sufrida por las víctimas de los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, lo llevó a afirmar que los niños autistas "se retiran del mundo antes de que su humanidad se haya realmente desarrollado" (BETTELHEIM 1967, 17) ya que "sólo la experiencia extrema llevaba a cambios radicales en la estructura de la personalidad" (Ibíd., 91). En el niño autista, este repliegue de la realidad es el resultado de una experiencia demasiado frustrante en la interacción con su medio circundante. Son esas primeras experiencias las que van delineando la posición autista, a la que el niño retorna ante las frustraciones. Esa retirada imposibilita el desarrollo de la personalidad, debilitando a un *yo joven*, que se protege evitando reaccionar ante cualquier estímulo, provenga este del exterior o del interior de su psiquismo. El autor consideraba que tanto la manipulación que el niño efectúa sobre algunos objetos, como cualquier otro comportamiento que se realice de modo ritual y repetitivo, están al servicio de evitar que los estímulos lo insten a actuar.

A través de esa repetición el niño se garantiza que nada cambie y obtiene un orden tal que impide que su vida se desintegre.

Contrariamente a Leo Kanner, consideró que los niños autistas establecían relaciones de modo característico con las personas, concluyendo que el yo en el autismo se halla sofocado y propuso como forma de tratamiento, la creación de un entorno que acogiera la

singularidad del niño apostando a que éste adquiriera los rasgos faltantes de su personalidad.

### El primer tratamiento

Durante los primeros meses de vida, Joey realizaba balanceos violentos y rítmicos con su cabeza. Al año y medio, sus abuelos notaron que el niño estaba ausente, se hablaba a sí mismo y manifestaba preocupación continua especialmente por un objeto: un ventilador. Su lenguaje poco a poco se tornó abstracto, despersonalizado, hasta que finalmente, dejó de usar los pronombres personales. El pequeño creó un lenguaje adecuado para sí, pero sin intención comunicativa.

A los cuatro años ya no dirigía ni su mirada ni su sonrisa al otro. Miraba constantemente sus manos a las que hacía girar. Sus actividades eran repetitivas, interesándose sólo en los objetos que pudieran ser girados. Imitaba las variaciones de sonido de las máquinas y se refería a partes de ellas con precisión. Cuando no se comportaba como un motor, tiraba la vajilla mientras gritaba "¡Crac-bang!" o, dirigía su violencia contra sí mismo.

Se designaba a sí mismo en segunda persona y a los adultos con el *yo*. Al llegar a la edad límite (seis años) en la escuela maternal donde se encontraba realizando el tratamiento, Joey fue internado en un pensionado religioso severo. Como efecto de ello se despersonalizó nuevamente y dejó de hablar, a excepción de la madre con quien se comunicaba utilizando cuchicheos. Es durante esa época comienza a utilizar circuitos eléctricos y a aislar su cuerpo del contacto de cualquier objeto, para evitar el abandono de la corriente eléctrica.

### Tratamiento en la Escuela Ortogénica

Joey comenzó su tratamiento en la Escuela dirigida por Bettelheim a los nueve años y medio. De impactante fragilidad corporal, su mirada estaba dirigida al vacío. Daba la impresión de funcionar movido por máquinas creadas por él mismo y pronto, fuera de su control. Joey pasaba de la inmovilidad a la existencia cuando las máquinas se ponían en funcionamiento. Llegado a este punto, la maquinaria alcanzaba un acmé marcado por una explosión, la cual se producía cuando bruscamente Joey tiraba una lámpara al piso, entonces corría y gritaba "¡Crac! ¡Crac!" o "¡Explosión!" cesando en ese preciso momento su actividad, es decir, se apagaban tanto el ruido como él.

Las funciones vitales como la alimentación y la defecación, incluso las recreativas, sólo podían efectuarse si estaba conectado a la electricidad. Por ejemplo, para comer disponía una serie de hilos imaginarios y los enchufaba (había intentado hacerlo con cables reales). Una vez conectados se enchufaba a ellos. Esta acción era absolutamente necesaria pues de esa manera la electricidad movía su aparato digestivo.

Durante los primeros meses de su estancia en la escuela, todo intento de entrar en contacto fracasaba. El niño transformaba-según infirió el autor- los juegos en peligrosas máquinas destructoras. Los

colores también eran peligrosos ya que algunos de ellos cortaban la corriente o indicaban una explosión.

El modo de hablar de Joey era mediante alusiones privadas, utilizando también neologismos, los cuales eran cambiados si suponía que sus cuidadores habían descubierto su significado. No se refería a nadie por su nombre, en cambio utilizaba la expresión “esa persona”. Posteriormente, realizó una diferenciación entre “persona pequeña” y “persona grande”.

El orden de los objetos debía ser invariable, de lo contrario el pequeño sufría intensas crisis de ira. Los elementos que conformaban las máquinas que creaba tenían nombres invariables, sentimientos y vida propia. Joey advertía cuándo una de sus lámparas iba a tener una crisis de cólera o si sangraban cuando algo le hacía daño o se enfermaba. Para Joey también era peligroso cuando le hablaban. Durante las primeras semanas en la Escuela, cada vez que se dirigían a él, gritaba la onomatopeya de la explosión como modo de neutralizar la voz de quien le hablaba.

### La restricción sobre las lámparas

Cada actividad que Joey realizaba estaba mediatizada por una máquina. Sin embargo cada vez que trasladaba su ampulosa máquina al comedor y se disponía a comer descubría que alguna pieza o aislante estaban fuera de lugar, por lo que tenía que repetir la operación sin que pudiese probar bocado. Fue por ello que sus cuidadores sólo le permitieron llevar una lámpara “como simple recordatorio de todos sus aparatos”. A pesar de dicha intervención, hubo dos prevenciones que no desaparecieron: beber únicamente a través de un objeto tubular y comer dentro de un objeto móvil.

En una ocasión observaron que el niño luego de haberse deslizado por un tobogán, actividad que le gustaba mucho, exhibía un extraño rictus y un temblor en los labios, por lo que dedujeron que se trataba de una actividad peligrosa para él y le prohibieron su uso. Joey explicó que era un dispositivo electrónico lo que lo hacía descender por el tobogán hasta que salía despedido. Entonces, el circuito se cortaba y era eso lo que lo hacía “explotar”.

Paulatinamente comenzaron a negarle las lámparas, pero a pesar de ello, el pequeño comenzó a fabricarlas y a dividir las entre buenas y malas.

### La máquina en funcionamiento

Así como con la alimentación, también la función excrementicia era una tarea a ser desarrollada por las máquinas. Al ir al baño se desvestía, se ponía en cuclillas sobre el inodoro; con una mano tocaba la pared mientras apretaba las lámparas que le daban energía tanto para la micción como para la defecación. Con la otra mano se sostenía el pene al defecar o bien, se tapaba el ano al orinar. Bettelheim interpreta las prevenciones efectuadas por Joey como la manifestación del temor a que el contenido de su cuerpo se derramara por un orificio; en definitiva, desaparecer junto a sus deyecciones.

El problema que se le planteaba a sus cuidadores era la de contrariar la idea de que ellos extraían algo de una máquina en mal funcionamiento, y para eso evitaron todo tipo de restricción a la eliminación. El pequeño defecaba en pequeñas cantidades durante largas horas para de ese modo asegurarse que no perdía los intestinos durante la defecación. La relación entre la evacuación y las lámparas se evidencia en la siguiente expresión: “Enchufe mi lámpara. Voy a hacer un movimiento del vientre; voy a encender las luces afuera.” Finalmente, en el momento de la deposición gritaba “¡explosión!”. Los ruidos de los otros eran vividos como amenazadores, entonces los tradujo en “ruidos eléctricos”. En una ocasión explotó una pequeña lamparita de su dormitorio, dejando al pe-

queño sumido en el pánico, pues estaba persuadido de que era su propio cuerpo el que estallaba en pedazos. Joey se refería a alguna parte de su cuerpo en términos mecánicos, evaluando su funcionamiento.

La aceptación de una linterna para manipular marca un cambio en la función de eliminación pues ya no necesitaba taparse el ano para orinar. En lugar de ello, sujetaba su pene y gritaba aterrizado temiendo perderlo junto a la orina.

### La apoyatura en otros niños. Valor de los alter-ego

#### *Kenrad el terrible*

Joey comenzó a interesarse por primera vez en otro niño, Ken, unos años mayor que él. Interesado en la defecación, Joey manifestó lo siguiente: “Ha pasado una cosa hoy. He visto a una de las personas pequeñas en el retrete. Yo sabía el nombre de esta pequeña persona. He echado una ojeada a la puerta. Mientras ponía una hez, hubo un gran resplandor y una explosión.” (Ibíd., 378) Esta era la primera vez que llamaba a alguien por fuera de sus cuidadores. Sin embargo el nombre con el que Joey lo designaba era el mismo que su lámpara más poderosa: Kenrad. Semanas después Joey manifestó exaltado el apellido de Kenrad: Conflicto. Seguido de ello actuó un conflicto entre sus lámparas y Kenrad saliendo éste último victorioso. Joey dejó de cometer actos de violencia ya que todos sus poderes de destrucción (incluida la temática en redor de la analidad) habían sido transferidos al *alter ego*. Conviene subrayar que Joey distinguía a Kenrad de Ken, ya que no le interesaba lo que éste hacía en la realidad cotidiana. Al aumentar los “poderes” de Kenrad también aumentaba la insuficiencia que Joey referida en dichos tales como “Arrancadme los pulmones, es absolutamente necesario; cortadlos, no sirvo para nada” o “no soy más que desperdicios.” (Ibíd., 381)

Meses después, comenzó a enrollarse en unas mantas, como un “papoose” (forma en que los indios de América del Norte nombran a los bebés), según su propia expresión. Vivió de ese modo varios meses y en vez de hacer explotar al mundo usaba onomatopeyas al disparar con un arma imaginaria.

Joey se dibujaba como un papoose, claro está, eléctrico. No había variado el modo en el que era animado, todavía era movido por máquinas.

Junto a su educadora preferida, comenzó a jugar al “papoose de Connecticut”, juego que consistía en una persona con cristal alrededor. Bettelheim interpretó que se trataba de una persona encerrada, conectada y sin embargo separada, al leer el equívoco presente en la palabra “Connecticut” (Connect I cut /conecto-yo-corto). Posteriormente, agregó los “vagones hennigan”, término este último interpretado por el autor como la representación de reconectarse a la vida.

#### *Mitchell el bueno*

Poco a poco Kenrad fue perdiendo preponderancia en la vida de Joey al aparecer el interés en otro niño también unos años mayor que él. Mitchell no estaba relacionado con las lámparas, y era el único al que llamaba por su nombre. Al igual que Kenrad, era omnipotente, pero los poderes protectores que Kenrad ostentaba, estaban ahora en posesión de Mitchell. Joey comenzó a crearle a éste una familia mecanizada imaginaria, la familia Carr; posteriormente expresó que la enfermera de la Escuela y Mitchell podrían darle nacimiento. Bettelheim coligió un cambio de importancia en los dibujos ya que se humanizaban y por tanto ya no se trataba del *papoose*.

De Mitchell también extraía energía eléctrica al tocar los mismos objetos que le daban energía a éste, hasta finalmente, atreverse a tocarlo.

Al aumentar el contacto físico con el niño, Joey comenzó a reducir un tópico preponderante en la relación con Kenrad: la diarrea.

A partir de Mitchell, fue posible que les hablara a otros niños, utilizando progresivamente el pronombre “él” y los nombres propios. Sin embargo, si el pedido que le realizaba a alguno de éstos no era satisfecho Joey gritaba o ponía en marcha sus máquinas. El valor de Mitchell quedó expuesto cuando éste abandonó la Escuela: Joey volvió a quedar bajo el control de las máquinas.

#### *Valvus*

La partida de Mitchell fue superada gracias a la aparición de un “compañero imaginario”, Valvus, que a diferencia de Kenrad y Mitchell no era totalmente bueno o malo; como sus válvulas, podía auto controlarse. Gracias a Valvus, Joey adquirió autonomía respecto de la eliminación. Joey expresó que ya no necesitaba de las lámparas y las prevenciones fueron abandonadas.

Durante un tiempo su único interés era aprender sobre gallinas y huevos, llegando incluso a imitar a los pollitos. Joey centró su trabajo en torno a dos significantes: “*henpox*” y “*chickenpox*”. De este último, surgieron una serie de dibujos de una gallina eléctrica encinta de un feto eléctrico. Se comportó como ese animal, hasta que en silencio se deslizó debajo de la mesa y se colocó sobre unas mantas. Manifestó que tanto él como Valvus se habían dado nacimiento de un huevo fecal. De esa manera, afirmaba Bettelheim, Joey había dejado de ser una máquina.

#### **La construcción del borde y la atemperación de la angustia**

Desde la perspectiva del psicoanálisis lacaniano consideramos al autismo como un modo de funcionamiento subjetivo singular que presenta un neo-borde (según lo propone Eric Laurent) mediante el cual el niño se protege del Otro amenazante.

Las funciones protectoras del neo- borde se engendran en un sujeto que no tiene cuerpo ni imagen como consecuencia de la forclusión del agujero: “El cuerpo autista sería así un “cuerpo sin órganos”. La fragmentación del cuerpo por sus órganos es superada a costa del encierro en un “caparazón”. (...) Pura superficie, el cuerpo-caparazón es lo que resulta de un cuerpo cuyos orificios están todos ellos ocluidos” (LAURENT, 2013, p. 53) Las maniobras que Joey efectuaba en la eliminación (tapar un orificio el orificio anal para la micción o a la inversa) nos permiten constatar el terror experimentado ante la falta del agujero. En este punto Eric Laurent (2011) señala que “un cuerpo solo existe si un objeto puede separarse de él, lo que supone el apoyo sobre la mirada del Otro que da un cuerpo” (p., 109) Ahora bien, ubicamos el “caparazón” muy tempranamente en Joey, tanto en el movimiento de *rocking* que realizaba con las manos y la fascinación por el giro de las aspas del ventilador. Pero la protección que éste ofrecía no lograba tranquilizar del todo ya que por momentos, dirigía su violencia hacia sí, evidenciando que las manifestaciones del Otro permanecían siendo amenazantes.

En el tratamiento realizado en la Escuela Ortogenética le permitió a Joey emprender el camino de construcción de un borde dinámico (MALEVAL 2014) para atemperar la angustia que le producían tanto la emisión de la voz como las deyecciones. Estas últimas fueron experimentadas con terror aún con la aparición de Kenrad. La temática referida a la analidad comienza a ceder a partir de Mitchell, para finalmente ser regulada con Valvus. Este borde, muestra el trabajo operado a través de los objetos autísticos a través de los cuales se intenta regular el goce.

Nos interesa por último tomar la visita que Joey realizó tres años después de haber finalizado su tratamiento. Joey había estudiado en una escuela técnica y quería continuar estudiando electrónica.

En la entrevista que Bettelheim le realizó, le preguntó cómo llegó a interesarse en la electricidad. Verdadera pregunta por la causa que busca un sentido a ese interés que acompaña al ahora joven Joey, desde que tenía dos años. Ahora bien, el interés por esa temática se ha mantenido invariable, pero su presentación inicial tuvo un destino diferente al ampliar su lenguaje y tolerar la relación con los otros. Consideramos a esta temática como un ejemplo de iteración al igual que las conductas estereotipadas, la exigencia de invariabilidad o el armado de circuitos verificados en la descripción realizada por Bettelheim.

De este modo, podemos afirmar junto a la Dra. Silvia Tendlarz que los niños autistas “mantienen ciertas características que no se modifican, sin augurar por ello un destino trágico que debemos aceptar con resignación”.

Joey es un testimonio de ello.

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- Bettleheim, B. (1967): La fortaleza vacía. El autismo infantil y el nacimiento del sí mismo, Laia, Barcelona, 1987.
- Laurent, E. (2011): “Lo que nos enseñan los autistas”. Revista Lacaniana de Psicoanálisis Nº13, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2012.
- Laurent, E. (2013): La batalla del autismo: de la clínica a la política, Buenos Aires, Grama, 2013
- Maleval, J-C. (2009): El autista y su voz, Madrid, Editorial Gredos, 2011.
- Maleval, J-C. (2014) Clínica del espectro del autismo. En Miller, J-A. et al., Estudios sobre el autismo, Buenos Aires, Colección Diva, 2014.
- Tendlarz, S., “Niños autistas” en <http://www.silviaelenaatendlarz.com>